

barrilete

BUENOS AIRES - AGOSTO - SETIEMBRE - 1966 N° 12



MARTIN CAMPOS

OLGA OROZCO

POESIA DE CHILE

ABELARDO CASTILLO

ATILIO CASTELPOGGI

EL LUNFARDO Y

LOS POETAS

DEL CINCUENTA

ELVIRA AMADO

LAMBORGHINI

POESIA URUGUAYA

ANTOLOGIA

BARRILETE

\$ 80.-

REVISTA
BARRILETE

Agosto-Setiembre 1966
Nº 12

Dirigen
diagraman
buscan, leen
eligen
el material
consiguen los
avisos
pagan
se publican
esta vez sola
van a la
imprensa
y salen
¡por fin!
con la revista:

ALBERTO COSTA
CARLOS PATIÑO
FELIPE REISIN
RAFAEL VASQUEZ

Solicitamos
canje

Se aceptan
colaboraciones

Correspondencia:

MAIPU 62 - 3º R
Buenos Aires
Argentina

Tapa: Fotografía
de **Ricardo Marcelo Suar**
(1er. Premio Concurso
La Rural 1965
Foto Club 121)

SUMARIO

	Pág.
Algo huele a podrido en Dinamarca ..	3
El costado lírico de Buenos Aires ...	4
Luis Ricardo Furlan - El lunfardo y los poetas del cincuenta	5
Raúl Schurjin - Resistencia (dibujo) .	7
Olga Orozco - Génesis	8
Margarita Belgrano - Entiéndanlo ..	10
Martín Campos - El corral de las ca- bras	11
Abelardo Castillo - La Gran Aldea ..	13
Uruguay: Hugo Emilio Pedemonte - Poemas	14
Leonidas Lamborghini - Testimonio .	15
Atilio Jorge Castelpoggi - Máscaras .	16
Elvira Amado - Los mermados	17

POESIA DE BARRILETE:

Alberto Costa - Felipe Reisin	18
Carlos Patiño - Rafael A. Vázquez	19
Horacio Salas - Las casas	21
Chile: Fidel Sepúlveda Llanos - Poe- mas	23
Atilio Luis Viglino - Otelo en Florida .	24

PRIMERA PUBLICACION:

Alejo Piovano - Néstor Rodolfo Sil- va - Graciela Dellepiane R.	25
Comentarios de libros	26
Humor	28

Para quienes trataron de conseguir números atra-
sados de BARRILETE y no pudieron.
Para los lectores del interior que no encontraron
los libros de la Editorial.
BARRILETE establece un sistema de envío de
todas sus publicaciones, según el siguiente detalle:

Revista "BARRILETE"

Nº 1: agotado
Nº 2: \$ 30.—
Nº 3: \$ 20.—
Nº 4: \$ 20.—
Nº 5: \$ 20.—
Nº 6: \$ 30.—
Nº 7: agotado
Nº 8: \$ 30.—
Nº 9/10: \$ 30.—
Nº 11: \$ 50.—

Agregando \$ 30.— al precio de la publicación pe-
rida, se remite por correo certificado.
De los números agotados quedan todavía
ejemplares integrando **COLECCIONES**
COMPLETAS de la revista (Nº 1/12). El
precio de la colección es de \$ 400.—.

" ... algo huele
a podrido
en Dinamarca ... "

Por primera vez no publicamos editorial. Consideramos que
nuestro esfuerzo está, como siempre, condicionado y en perma-
nente interrelación con la vida toda del país.

En estos momentos, medidas políticas, jurídicas y sociales
nos rebasan diariamente en sus causas y en sus consecuencias.

Por ello, frente a una presunta desubicación durante la vi-
gencia de este número de BARRILETE, preferimos nuestra ubi-
cación como poetas y como hombres en la lucha cotidiana.



Estamos convencidos que la poesía en esta ciudad está atravesando una crisis prolongada en cuanto a su difusión y arraigo en el pueblo. No puede ser de otra manera puesto que las grandes editoriales se ocupan de la poesía, para descargar sobre los lectores siempre los mismos nombres, ilustres pero archiconocidos. En términos generales la poesía joven es tabú para las editoriales, para los distribuidores, para los libreros y, por qué no reconocerlo, también para el pueblo.

Poesía y pueblo es antinomia en estos momentos. Y es precisamente en estos momentos cuando asistimos al surgimiento de una cantidad de autores que buscan al pueblo, que hablan con su lenguaje, que siguen la línea de aquéllos que en nuestro país y en América Latina han tratado de testimoniar su época y por lo tanto sus vivencias de países semicoloniales y sometidos.

Dadas las lamentables condiciones de publicación y distribución con que nos encontramos hoy, los libros de poesía están en crisis. Entonces nos quedan dos caminos a seguir: o nos abandonamos a la desesperanza con la excusa aparentemente heroica de no escribir más poesía, porque "no llega". O seguimos con ella hasta que la muerte nos separe, convencidos que es nuestra más eficaz arma para denunciar, desde nuestra condición de personas con problemas diarios y soluciones a medio formular, las llagas a que nos ha ido reduciendo el semianalfabetismo y el aislamiento —impuesto por la fuerza de los hechos— de nuestro trabajo como poetas con relación a nuestro destinatario: el pueblo.

Nosotros estamos convencidos que podemos asumir la responsabilidad de ser el costado lírico de Buenos Aires, su música más querida y subversiva. Su voz incorrompible y alerta para denunciar a cada paso a los enemigos de la cultura y a sus falsificadores. En esta empresa quizá no tengamos laureles...

... "pero hay que hacerlo porque la vida sin jugarse es el suicidio."

BARRILETE

EL COSTADO LIRICO DE BUENOS AIRES

EL LUNFARDO Y LOS POETAS

Por LUIS
RICARDO
FURLAN

CeDInCl

Retomando la cuestión generacional, nos proponemos particularizar un aspecto de lo que hemos llamado "concentricidad del poeta en su medio ambiente"¹.

Para la poesía de Buenos Aires el signo peculiar de un modo y un lenguaje es radicalmente identificable. La vigencia del testimonio, el acto conflictual frente a la masa de la arquitectura, el deslinde entre lo estático y lo dinámico en un ejido donde todavía persisten los tiempos meditativos y las tonalidades orilleras, exigen de los poetas que habitan la ciudad un acostumbramiento al ciclo de ver y de crear sencillamente individuales. El combate diario de la poesía por alcanzar jerarquía ética de permanencia, de proyección humana y de aprehensión popular somete a los nuevos juglares al desgaste natural del método y la circunstancia.

Indudablemente, Buenos Aires tiene una lexicografía propia, un acento cuya naturaleza de origen esotérico ha ido aclarándose hasta integrar sin menoscabo nuestro vocabulario cotidiano. El lunfardo, plebeyo en su cuna, es, no obstante, "verdadera y genuina expresión del habla popular"², característica del oficio ciudadano que gasta y desgasta su horario en esta alquimia de cemento buscando una medida de comunicación de mayor intimismo y síntesis expresiva. Por eso, el magismo de la lunfardología puede consentirse si alcanza, evolucionado, ese sentimiento del lenguaje "que habla el porteño cuando comienza a entrar en confianza"³.

Notemos esta peculiaridad del apropiamiento del lunfardo como idioma de relación: la necesidad de un medio interpretativo directo, suscinto, rico e imaginativo

¹ Véase El cincuenta: una generación poética. La Gaceta, Tucumán, 9-2-64.

² Santiago Dallegri, El lunfardo como factor lexicográfico. Comunicación Académica No 16. Academia Porteña del Lunfardo, Buenos Aires, 1964.

³ José Gobello-Luciano Payet, Breve diccionario lunfardo. A. Peña Lillo, Buenos Aires, 1959, pág. 7.

DEL CINCUENTA

—no descartemos la interioridad del tro-po— que constituya cierta actitud defensiva ante la carencia de intimidad, de apaciguamiento que esta comunidad contemporánea regatea. Con muy buen criterio de opinión se ha propuesto dar “el merecimiento pleno a una veta que no sólo es rica sino también, contrariamente a lo pronosticado por los miopes de la literatura nacional, actualmente inagotable”⁴.

Los poetas del cincuenta, insistimos, procuran encontrar un modo de decir identificado con el medio de residencia. La autenticidad expresiva se advierte, con más ahinco, en las zonas internas del mapa literario argentino, allí donde el folklorismo idiomático, costumbrista y mitológico adquiere relieve inconfundible. Para la poesía porteña la regla es casi absoluta. Mientras la lírica serrana, campesina, litoraleña o montañesa suele comunicarse en algunos contactos de ambiente y/o idioma, la nuestra de municipalizada esencia es original y no infiere en aquella como tampoco recoge modalidades similares. Así, el verso ciudadano necesita crear su lenguaje, su anímica, el gesto apropiado para convivir y penetrar en un ámbito donde es sometido al rigor de presiones ajenas a su existencialismo.

Esta generación, aclaramos, no ha tenido poetas que hagan del lunfardo su pertinacia —el caso de Celedonio Flores y Carlos de la Púa, en auge de la “neogeneración”; el de Iván Diez y Dante Linzyera, en la “novísima”; y el de Julián Centeya y Héctor Gagliardi, en pleno “cuarentismo”— pero anota varias incursiones, no por esporádicas menos rescatables, donde la necesidad de fijar la anécdota o animar el hecho inventivo obligó a los autores a hacer uso —nunca abuso— de este vocabulario menor, aún dentro de composiciones donde la calidad de estilo e idioma requería sumo cuidado en el tratamiento. Y cabe señalar cómo estos “encajamientos” juegan dentro del contexto sin disonancia, en plena y complementada convivencia de la lengua de Castilla con la orillera. Intentemos una microantología en apoyo y ejemplificación de nuestras consideraciones.

Ubicado en una poesía sustancialmente humana, Daniel Barros (1933) recoge la

instancia callejera. Con habitualidad, esos enfoques tocan lo social contemporáneo o la evocación de una época ya anecdótica. Es, entonces, cuando necesita afirmarse en algunas voces netamente populares: “Solía pasarse horas y horas/ frente a los conventillos/ con hijos flacos que compran/ un hueso para sopa”⁵; o donde la ideología anima la estampa varonil del **gardelismo**: “...donde nadie discute una mano bien/ dada/ una pinta de verdad...”⁶. Barros no insiste en el vocabulario, es cierto, pero curiosamente pone otro de sus libros —*Voluntad de la palabra*, 1962, ajeno en idioma y sentido a los propósitos de esta nota— bajo el sello tutelar de Ediciones Ancú, palabra ésta netamente **lunfarda**.

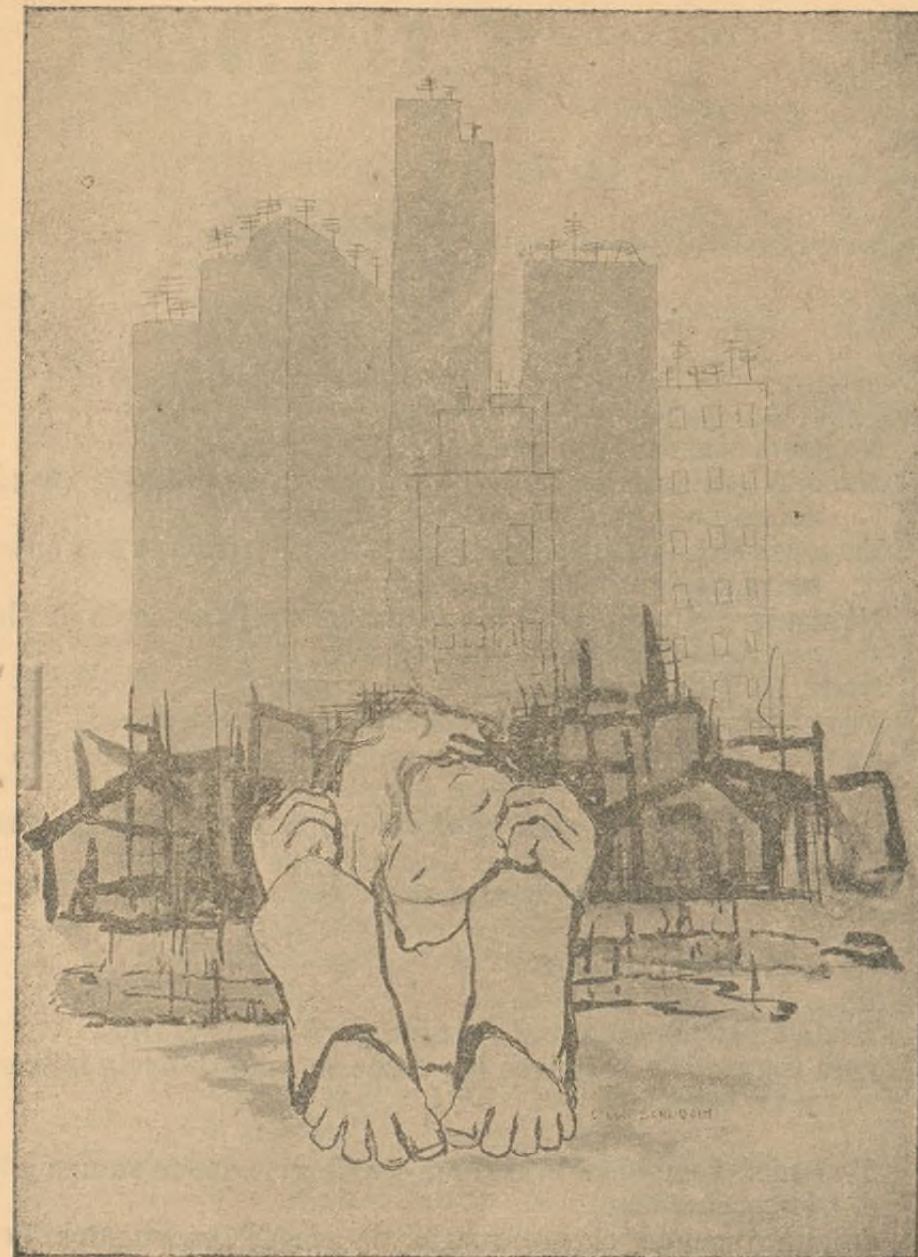
Doliéndole Buenos Aires, Martín Campos (1929) ha escrito un largo poema donde inserta la nostalgia de la ciudad a través de una guía lírica de sus sitios y sus cosas. Reminiscente, anota: “Te sacaron, Palermo, el tranvía Lacroze/ y apenas si dejaron abiertos los bailongos/ más allá del Pacífico y del Puente”⁷. Derivada de la vivienda colectiva de los barrios pobres, surge la imagen en el canto barraqueño: “La vereda carriada y el asfalto leproso/ apaciguan bolitas rompedoras y prendas./ Colonial, conventillero, con timbres en los cines,/ y hacia el Sur ferroviario,/ con barrancas y diques y torres y palomas y llaves”⁸. Y el sentimiento del hombre sobre la madrugada laboriosa: “Es él quien justifica tu presencia inventada/ detrás del mostrador de un boliche mistongo/ o vendiendo en el Once/ ballenitas flexibles para cuellos a un peso”⁹.

Una zona activa y generadora de la jerga es la deportiva. En las canchas de fútbol, en los circos de los hipódromos y en los rings de boxeo “el pueblo agranda el idioma”. Alfredo Carlino (1932) iniciado con *El cuaderno de Mabel*, 1959, dentro de un fino y hondo lirismo, se interna en la vida popular y canaliza su verso escribiendo, a la muerte del idolo, la historia poética de su grandeza y decadencia. Una despedida bien porteña y fraternal, donde puede leerse: “Pienso en la niña puntana/ que debió sembrarme de pájaros los ojos/

(sigue en pág. 20)

⁴ y ⁵ Daniel Barros, *Los días mandan*. Ediciones del Mediodía, Buenos Aires, 1964, págs. 11 y 22, respectivamente.
⁷, ⁸ y ⁹ Martín Campos, *Desde un vasto recuerdo*. Cuadernos del Siroco, Buenos Aires, 1961, págs. 22, 24 y 30, respectivamente.

⁴ Osvaldo Elliff, *Acerca del libro “Lunfapocemas”*. Comunicación académica Nº 23. Academia Porteña del Lunfardo, Buenos Aires, 1964.



“RESISTENCIA”

Dibujo de RAUL SCHURJIN

OLGA OROZCO

GENESIS

No había ningún signo sobre la piel del tiempo.
Nada. Ni ese tapiz de invierno repentino que presagia las garras
del relámpago quizás hasta mañana.
Tampoco esos incendios desde siempre que anuncian una antorcha
entre las aguas de todo el porvenir.
Ni siquiera el temblor de la advertencia bajo un soplo de abismo
que desemboca en nunca o en ayer.
Nada. Ni tierra prometida.
Era sólo un desierto de cal viva tan blanca como negra,
un ávido fantasma nacido de las piedras para roer el sueño mile-
nario,
la caída hacia afuera que es el sueño con que sueñan las piedras.
Nadie. Sólo un eco de pasos sin nadie que se alejan
y un lecho ensimismado en marcha hacia al final.

Yo estaba allí tendida;
yo, con los ojos abiertos.
Tenía en cada mano una caverna para mirar a Dios,
y un reguero de hormigas iba desde su sombra hasta mi corazón
y mi cabeza.

Y alguien rompió en lo alto esa tinaja gris donde subían a beber
los recuerdos;
después rompió el prontuario de ciegos juramentos heridos
a traición
y destrozó las tablas de la ley inscriptas con la sangre coagulada
de las historias muertas.
Alguien hizo una hoguera y arrojó uno por uno los fragmentos.
El cielo estaba ardiendo en la extinción de todos los infiernos.
y en la tierra se borraban sus huellas y sus pruebas.

Yo estaba suspendida en algún tiempo de la expiación sagrada;
yo estaba en algún lado muy lúcido de Dios;
yo, con los ojos cerrados.

Entonces pronunciaron la palabra.
Hubo un clamor de verde paraíso que asciende desgarrando la
raíz de la piedra,
y su proa celeste avanzó entre la luz y las tinieblas.
Abrieron las compuertas.
Un oleaje radiante colmó el cuenco de toda la esperanza aún
deshabitada,
y las aguas tenían hacia arriba ese color de espejo en el que nadie
se ha mirado jamás,
y hacia abajo un fulgor de gruta tormentosa que mira desde
siempre por primera vez.
Descorrieron de pronto las mareas,
Detrás surgió una tierra para inscribir en fuego cada pisada
del destino,
para envolver en hierba sedienta la caída y el reverso de cada
nacimiento.
para encerrar de nuevo en cada corazón la almendra del misterio.
Levantaron los sellos.
La jaula del gran día abrió sus puertas al delirio del sol
con tal que todo nuevo cautiverio del tiempo fuera deslumbramien-
to en la mirada,
con tal que toda noche cayera con el velo de la revelación a los
pies de la luna.
Sembraron en las aguas y en los vientos.
Y desde ese momento hubo una sola sombra sumergida en mil
sombras,
un solo resplandor innominado en esa luz de escamas que ilumina
hasta el fin la rampa de los sueños.
Y desde ese momento hubo un borde de plumas encendidas desde
la más lejana lejanía,
unas alas que vienen y se van en un vuelo de adiós a todos los
adioses.
Infundieron un soplo en las entrañas de toda la extensión.
Fue un roce contra el último fondo de la sangre;
fue un estremecimiento de estambres en el vértigo del aire;
y el alma descendió al barro luminoso para colmar la forma se-
mejante a su imagen,
y la carne se alzó como una cifra exacta,
como la diferencia prometida entre el principio y el final.

Entonces se cumplieron la tarde y la mañana
en el último día de los siglos.
Yo estaba frente a ti;
yo, con los ojos abiertos debajo de tus ojos
en el alba primera del olvido.

POESIA ARGENTINA

MARGARITA
BELGRANO

ENTIENDANLO

entiéndanlo
necesito morir de vez en cuando
acunarme en un llanto regresivo
hasta la célula primaria
que me nazca de nuevo

romper lo suficiente

pasar por la arandela del amor
con sangre analfabeta

viajar en un violín
hasta la cueva
del lobo vegetal
donde el silencio huele
a cosa pura

me recomiendan un psicoanalista

entiéndanlo
le temo a los domingos
y me asalta un dolor feroz y manso
cuando voy por el puerto
pero no es un motivo

me recomiendan un psicoanalista

yo podría
horizontalizando los suicidios
decir mi buen doctor
estoy tan sola
a veces me enamoro de cualquiera
sueño con animales hermosos y
(perversos
y me chupo el pulgar cuando acaricio
esa bomba de tiempo
que llevo en la cartera por si acaso

mi buen doctor
si soy inofensiva
si apenas hago daño a medio mundo
si apenas fantaseo con acuarios
con dientes de león
y niños pequeñitos desfilando
por mi vientre vacío
me duele el tiempo con intermitencias
pero tal vez no es grave ser tan vieja
veintitrés años vieja de inocencia
la angustia no precisa sobrenombres
la infancia no se vende
le pago y salgo pronto
que aquí un hombre
entró muy triste andando en cuatro
(patas

y salió festejando un sonajero
me recomiendan un psicoanalista

para qué
para qué si es tan sano
si es tan sano estar loco
si basta solamente la ternura

MARTIN CAMPOS

EL CORRAL DE LAS CABRAS

José Vega extendió el brazo derecho y movió los dedos. Acababa de cantar el gallo viejo en el gallinero y todavía era de noche. Ya le dolía otra vez el brazo. José Vega tenía más de cien años y dormía en un jergón de paja, junto al gallinero, en los fondos de la casa de los Salvatierra, en San Juan. Era el 9 de julio de 1897 y el gallo cantó otra vez. José Vega resopló porque le dolía un pedazo de carne, allí, en el costado. Donde el maturrango había hincado la hoja. Hacía tiempo, y fue del otro lado de los Andes. Se adormeció, después, con el sopor de las muchas veces que la sangre le había recorrido los escondrijos de la cabeza. Era nueve de julio y San Juan estaba lleno de porteños. Atrás del gallinero, atrás del canto ridículo de ese gallo viejo que insistía en despertarlo, José Vega, soldado de San Martín y centenario, había dejado a un chico que corría en patas por el camino grande, detrás de la tropilla que arreaban para la guerra. Iba caminando en patas por la Via delle Luce, donde en la Edad Media los artesanos de las luminarias forjaban sus lámparas retorcidas. Hoy hay negocios de reparación de automóviles. Los hombres hurgan en los vientres de los Lancia, las Ferrari, los Fiat. Es una serpiente que nace en alguna parte de Lungotevere y termina más allá de lo que uno cree, contra unos muros cubiertos de verdines y mohos. Cerca de una iglesia que tiene sus mosaicos bizantinos y sus verjas olvidadas. Voy caminando por estas piedras engarzadas entre los hierbajos que el verano ha hecho estallar, mientras algunos chicos, extraños e insólitos en esta Roma, repican con

"Con espíritu que no difiere esencialmente del que tuvieron sus antecesores, Fader trató a menudo los temas campesinos. Aunque sus formas son distintas por haber introducido una suerte de impresionismo alemán en el país, aceptando los gruesos empastes y excluyendo el juego de los colores complementarios"

Jorge Romero Brest

Almorzábamos en el Bristol, en compañía de un político santafesino de menor cuantía, bastante tonto. El político le preguntó:

—¿Cuáles son los más grandes poetas del mundo?

—Los ingleses —respondió Groussac, sin titubear.

El político de menor cuantía inquirió:

—¿Y los españoles?

Groussac miró hacia el techo embadurnado por unos frescos horrendos y contestó, con un gesto de desdén:

—Como esas pinturas.

Amigos y maestros de mi juventud

Manuel Gálvez.

una pelota de tenis contra el muro amarillento. Son las cuatro de la tarde y el sol lastima entre los ojos, aquí, encima de la nariz, donde se me ha metido la triste idea de modelar un almanaque multicolor, con frases a lo Romero Brest, ganas de ser algo más que chafalonería. Es una calle sin cafés ni distracciones, escondida y cerrada. He dormido después de una noche de frascatti y spaghetti, he visitado al viejo cura en la Piazza del Popolo y ahora troto hacia lo de Mario. En la memoria de Fader, una muchacha oscura sigue inclinada junto a las ubres de la cabra, en mitad de un corral dolorido y soleado.

Es una vida que uno no ha querido. Que ni siquiera ha vivido. Lo han dibujado a uno, apenas un esbozo en el último plano de una tela, perdido entre los cercos de tunas. Apenas una figurita que no exige nada. No pide. No solicita. Ni siquiera la mirada tierna de una muchacha. Nada.

Peró ahora es de noche. Camino lentamente porque sé que el tiempo, la calle, la ciudad entera es para mí. Vuelvo a preguntarme qué demonios hago aquí. Para qué este viaje, salvo que sea sólo para satisfacer vanidades gratuitas, últimas instancias de un remolino convertido en remanso. Cómodos recovecos donde instalar una imprescindible necesidad de frustración. Yo sé que José Vega ha abierto los ojos. Párpadea para acomodarlos a la luz que entra, alta, por la puerta sin hojas. Se que está casi ciego; que apenas ve unas manchas borrosas y movedizas. Que los colores le lastiman las pupilas. Claro que desde lejos ve mejor. Pero ni de cerca ni de lejos, consigue oír o evitar mearse encima. Sospecha que sería

diferente este asunto si no le hubiera ocurrido aquel percance. Pero como se lo dijo la curandera, nada se puede hacer, más que rezar y pedir a Dios. Aquel ordenanza que había en el diario "Democracia", en 1956, también se llamaba José Vega. Era sanjuanino como este viejo centenario que decide abrir los ojos legañosos, en la mañana del 9 de julio de 1897. Julio, Julio y agosto. Hace calor y marzo en mangas de camisa en mitad de la noche rumorosa. Voy desganado porque tengo todo el tiempo, toda la ciudad para mí. Desganado, porque no estoy muy seguro de tener ganas de subir la escalera del número 62 de esta calle, hasta el departamento 8, donde Mario oye un LP de Charlie Parker y lee ese enorme matrotreto que consiguió sobre los Pampas. Mejor hubiera sido tomar vino en la trattoria del Leoncino. O subir al departamento de Via Gnoca y romperle la cara a K. Ocurre que no tengo ganas de hablar con nadie. Ni que nadie empiece a exigirme definiciones tajantes, vivas, inmediatas de mi propia persona, de mi existencia. Con Mario no ha habido desencuentro. Han sido importantes las noches más o menos vacías que desenroscamos juntos con ganas de entender la patria lejana en el espacio y en el tiempo. José Vega, en cambio, no tenía necesidad de ningún esfuerzo: la patria estaba allí, parpadeando porque ahora la luz lastima en las pupilas y los ojos lacrimosos son incapaces de mantenerse abiertos. El sol alto. Por eso se ha deslizado a tientas, como todos los días, afuera de la pieza y se ha dejado caer al sol. Apoya la espalda contra la sensación fresca de la chapa. Allí se quedará hasta que Hermelinda, su nieta —¿o es su hija?— le traiga el jarro con la leche y empiece la monserga de que hay que lavarse y limpiarse. Ahí se queda. Piensa en el percance. Eso que le ocurrió después, mientras perseguían a los azules de Lavallo. De eso sí se acuerda bien, chá digo. Tuvo razón el gringo aquel que le dijo: "Para que no te olvidés mientras vivás". Porque era un gringo. Eso también lo recuerda. Y había vivido largo. A veces se olvidaba de otras cosas. Cuando saben venir a la ciudad y le preguntan por el General. Pucha, miren qué se va a acordar del General, si ni siquiera se animó a mirarlo aquella vez que lo mandó llamar para darle la medalla. Sí. En Chile estuvimos. Y en el Perú. ¿Y de ahí? El otro José Vega tampoco necesita mucho esfuerzo para entender este asunto de la patria. Ni se le llenaba de vergüenza la voz cuando la nombraba, para agregar enseguida:

"No, muchachos, con esas cosas no se jode. Vos decime todo lo que quieras del General y de las gallinas —porque se decía que José Vega, además de peronista, sabía robar gallinas —pero con esa cosa no me jodas, porque entonces rompimos la amistad". Hasta se le podía decir que él y el General eran flojos y que la cañonera y que todo lo demás, que le tenía miedo a la policía. Se queda serio mientras doblaba innecesariamente un diario que había encontrado encima del escritorio, como si dentro de la cabeza algo fuerte le dijera: no aflojés, no es cosa de reirse. Si no, se iba por los escritorios, descuidando la espalda, hasta encontrar a cualquier otro con quien inventar una travesura nueva, para terminar así con el largo silencio que él mismo había desencadenado y que ahora le molestaba sobre las rejas. En cambio, nosotros tenemos que entender. El asunto me empezó a jorobar cuando empecé aquella nota que iba a mandar a La Gaceta y que se derrumbó porque nadie comprendería. O porque yo no sabía escribirla. O porque no tenía los cojones suficientes. Hasta el título olía a sonsera: "Conversaciones en Roma". Y la intención era todo lo buena que se quisiera: "Tres conversaciones distintas con tres personas de origen, formación, evolución y posiciones disímiles pero que concuerdan en puntos fundamentales sobre el destino de América y de nuestro país". Tres personas distintas: un dirigente de la CGT, un diputado democristiano y un escritor marxista. ¡Bah! Figuronos. Cosas que dijimos tomando cerveza en Berardo, vino en el trastevere o mate en casa. Pero no la escribí. Entonces me di cuenta que José Vega abría los ojos, porque la nieta —¿o la biznieta?— se estaba demorando demasiado con la leche y él empezaba a tener hambre. En el fondo se trata de terminar con la imagen más o menos "Casablanca" que todos tenemos de Europa, con Humphrey Boggart, Ingrid Bergman y el grande de Víctor Francen, más Paul Lukas y la negra que cantaba La Marsellesa y As time goes by, mientras nosotros llorábamos de gloria en el pullman del Gran Cine Opera. Por eso comencé a pensar en José Vega. Y en el percance aquel que lo disminuyó, allá por el año cuarenta y tantos, mientras perseguían a los celestes de Lavallo. Y en el fondo, las cosas deben estar bastante bien, porque entre los salvajes unitarios iba mi tatarabuelo. El jefe del batallón Mayo. Allá iba Martín Teodoro, corrido a chuzazos y griteríos. Y está bien, entonces, que José Vega sepa y yo no. Porque yo no sirvo y él sí.

Que Trejo sepa más que yo pero menos que Leito. Que Bussacca quiera saber tanto como Vega, pero sepa menos que yo. No es Charlie Parker a quien está escuchando cuando me abre la puerta de su altillo. Me mira desde atrás de los anteojos oscuros, con las mejillas perpetuamente emparchadas de rosas sobre la cara herpética, como lamparones de fiebre. En la pared del cuarto piso en que vivo está la biznieta de José Vega, inclinada entre las ubres rebosantes de la más mansa de las cabras. Ordeña leche buena para el abuelo viejo que se ha quedado otra vez dormido con el sol en la frente, acucillado contra las latas de la letrina. La cabeza entre las rodillas encogidas. Antes de dormirse ha visto que la muchacha se acercaba a la cabra con el jarro en la mano. Ha visto, en un vaho de colores, las cabras echadas contra el arco de tunas; dos o tres olfatean el aire, cansadas, aburridas. Ni siquiera impacientes, aun cuando sepan que pronto les abrirán la tranquerita para largarlas al monte. Mario me señala la botella de vino y vuelve a su conversación telefónica.

"Porque yo piense que la carne argentina es la mejor del mundo, y en verdad sea así, no tengo que deducir que la Argentina sea el mejor país del mundo. Y así razonaron durante muchos años todos esos nacionalistas que ahora tienen la cola metida entre las patas de la embajada norteamericana. Pero tampoco tiene que ser necesariamente buena o mala una película argentina, porque así lo digan dos o tres críticos europeos".

Mientras me sirvo el frascatti recuerdo el momento en que Mario me dijo esas cosas. Era en mi casa, a la hora de la siesta. Algo me repetía adentro que en ese instante Roma y Tucumán se parecían: por el balcón abierto entraba la luz agresiva de la ora tertia de los antiguos, con el murmullo monótono de las cigarras, el runrun de las moscas y el aroma de las plantas florecientes.

Mario termina de chapucear su francés telefónico e inmortal, e inclina la cabeza sobre un cenicero repleto de gauloises. Empieza a hablarme de Cuba y a explicarme que hay dos puntos esenciales sobre los cuales se movieron nuestro apocamiento y nuestra apatía: la Argentina debe vender la mejor carne del mundo; la Argentina debe comprar el acero que necesite; y si es posible, bien manufacturado. Allí se balancean el hambre, el analfabetismo, el atraso. A José Vega le interesaba un cuerno que produjéramos acero o carne o bayonetas. El había hecho lo suyo y lo había hecho cabalmente. Estaba tranquilo,

(sigue en pág. 16)

POESIA ARGENTINA

inCl
ABELARDO CASTILLO

LA GRAN ALDEA

Ahora van —no importa—
ahorcándose la sangre con un cable
(coaxil
crucificados en las antenas altas
clavados
flameando
como tristes banderas, como hilachas
en la cúpula
del hermoso Palacio de Justicia
van, pero no van
se dijera
que se hundan
a fuerza de soportar el peso
de estatuas y panteones
como vacas tristes
tristísimas
golpeándose los lomos
por veredas estrechas
(como esos corralitos de estación
que dan, que desembocan
en un vagón de carga)
y de allí, al Matadero

No importa
te digo que no importa
¡que no importa!
un día, muchacha,
te digo que algún día, que habrá un
(día

y entonces
nos volveremos locos
nos tomarán por asalto los pájaros
se abrirán
no sé bien qué puertas, qué
(compuertas
e irrumpirán caballos de ojos verdes
con sus crines y colas como estrellas,
(te digo

vendrán
súbitamente
guitarras dando vueltas por el viento
zapatones, girando, de payasos
y peces o palomas
saltando, riendo
un día
cualquier día, a poner todo en orden.

I

Les envió un mensaje de tango,
 (amigos míos;
 un mensaje de tango, sí; me amuro,
 me estoy doliendo de esta vida rante
 y de tantas miserias de esta vida.
 Una espina me punza en el costado
 y suelo despertarme a medianoche,
 me acuerdo de mi padre ya difunto
 y a dormir otra vez, si lo permiten.
 Lentamente me espiento paso a paso;
 reparto mis tristezas con paciencia
 a riesgo de dar quiebra en mi bolsillo
 y si llueve me mojo y si me mojo
 no puedo darme cuenta cuando lloro.
 El vino de esta tierra tiene ácido,
 mis pantalones grises, tango llevan;
 hasta el tango se pegan los caminos
 Tengo noches azules, soles fuertes,
 recuerdos duros entre lunas mochas.
 Estoy pasado de palabras tontas
 y a veces grito pero sale sordo.
 Si me tiendo de espaldas, fumo solo.
 Soy más tango que nunca amigos
 (míos.

II

Parece todo lejos
 como si este momento
 abriera los zaguanes
 y trajera un perfume de cocinas.
 La vieja cose el tiempo
 y la victrola
 raya un disco de adioses.
 Un negro fuma un pucho
 sentado en la cancel del conventillo.
 Pasa un entierro largo.
 Malena canta un tango.

Malena está más triste que los
 (deudos.

POESIA DE AMERICA

(URUGUAY)

HUGO
 EMILIO
 PEDEMONTE

III

Hay recuerdos con cara de ciruja.
 Naipes marcados con nombre y
 (apellido.
 Una ciudad querida y despreciada
 donde la vida pasa queriendo que no
 (pase.
 Hay un sabor amargo a mate pobre,
 a madrugada cruda en las paredes.
 Hay un alma de cosas que se fueron
 afanadas por Dios en un escruche.

TESTIMONIO

EPISTOLA A LOS ADICTOS

A los adictos al Poder. A los que no les sobran las palabras. A los que acaso han padecido impotencia y ahora están saliendo de eso. Hermanos: a los que después de haber tocado fondo están emergiendo ahora y escupen su palabra con fuerza sólo como alguien que acaso ha padecido impotencia puede hacerlo. Hermanos: a aquellos que están comenzando a balbucear su fuerza después de haber podido contra su no poder. A los que están ansiosos de Poder y se les está soltando la lengua y se están desembarazando de todo prejuicio y al mismo tiempo, en el mismo lugar en el que hablan de su alma fustigan al dirigente traidor, muestran las llagas de su país, de su época. Hermanos: a aquellos que emergiendo del fondo están desnudos en medio del tablado, pero no de coraje sino de máscaras. Hermanos: ¿y vendrán todavía a nosotros que estamos poseyendo la fuerza, naciendo a esta verdad a hacernos creer que todo se reduce a escribir bien? ¿Vendrán todavía a nosotros a hablarnos primeramente del "estilo"? ¿y acaso podemos nosotros ser ahora arregladores de metáforas, diseñadores de imágenes? ¿Puede interesarnos a nosotros la cosmética de la Belleza? Hermanos: esto es lo que ahora no podemos. Y este no poder nos está trayendo a este Poder de ahora. Y nuestra palabra no es ni fea, ni bella; no es eso lo que nosotros buscamos, sino que SEA. Que nuestra palabra sea contra lo falso, contra la injusticia, contra las Grandes Instituciones de la Mentira. Hermanos: ¿y qué nos interesa entonces ante que nada?: —VER. Y después golpear con nuestra palabra en la llaga. Y nosotros no lloraremos por cierto sobre esas ruinas, sino antes bien procuraremos que no quede piedra sobre piedra. Y si nuestra vida, si mostrar nuestra vida por el delirio o el conocimiento contribuye a esa tarea de demolición MOSTREMOSLA. Asumamos el PERSONAJE. Que nuestra palabra sea dura como un puño de piedra, libre del colgajo lírico-chirle.

Hermanos: a aquellos que no están dispuestos a seguir "dorando la píldora"; a aquellos que buscan hacer de la palabra un cetro de Poder antes que un elemento de la estética, porque eso se da por añadidura, a aquellos que vienen ahora a dar con toda la fuerza de su palabra; a los que fueron proscriptos y son proscriptos o van a ser proscriptos porque están dando su oráculo de rechazo, de no negociación, de basta de pactos. HERMANOS: cuidado; no capitulemos, aceptemos el sacrificio. HERMANOS: desde esta tarea en la que estoy un saludo a todos los hermanos que están en lo mismo. HERMANOS: QUE NUESTRO PODER NOS SOSTENGA.

LEONIDAS LAMBORGHINI

(viene de pág. 12)

seguro. Nosotros no estamos seguros. Pienso que a veces es fácil estar seguro, pero que entorpece y atrasa no estarlo. Pienso si Sarmiento estaba seguro cuando se metió en esa cosa sucia de San Juan. Si Stalin estaba seguro cuando firmó el pacto con Hitler. ¿Qué es estar seguro? Y seguimos dándole vueltas a la manivela. De lo que José Vega está seguro es que ha vuelto a orinarse encima y estalla de furia contra el salvaje unitario, que consiguió bolearle el caballo, aquella mañana de hace muchos años, mientras seguían el rastro de Lavalle y los últimos de los suyos. Porque allí empezó todo este asunto de hacerse encima.

Hubiera querido hablarle a Mario de José Vega, pero él me explicaba lo de Cuba. Además, yo estaba totalmente de acuerdo con él cuando afirmaba que en la Argentina desprecian o ignoran nuestros propios valores. Se halaga solamente al que recibe el espaldarazo en Europa. Y entonces los "aspirantes" buscan el espaldarazo para volver. Hoy la izquierda ataca a Borges porque es "burgués y conservador", pero la burguesía conservadora de la Argentina sólo descubrió a Borges cuando lo tradujeron al francés. Entonces comenzaron a

leerlo en español. Porque ni siquiera francés saben ya. Ahora hablo yo. Cruzamos el puente Garibaldi y tengo ganas de pararme en Florida y Corrientes a gritar cosas. A José Vega no hay que gritarle nada. Sabe qué hacer. Supo que hacer el 17 de octubre y el 16 de junio y el 8 de junio. Aun cuando la nieta se le demore demasiado entre las ubres de la cabra. Lo que pasa es que la cabra se ha quedado seca y la nieta amasa ahora las ubres de otra, en busca de la leche buena para el abuelo viejo. Lo que pasa es que José Vega se quedó seco con una bala en la nuca, por los basurales de Suárez porque supo qué hacer. Ni Mario ni yo sabemos qué hacer, más allá de nuestras propias inseguridades. A veces caminamos por calles de nombres desconocidos y extraños que nos llenan la imaginación de guerrilleros, de papas, de santos y de locos: Botteghe Oscure, Falagnami, Sant'Anna, Pórtico, San Ambrogio. A José Vega, soldado y centenario, lo que siempre seguirá avengonzándolo, lo que le jode, es el asunto aquel que lo dejó meón para toda la vida. Lo habían estaqueado desnudo sobre un hormiguero y allí se estaban riendo; pero eso, después de todo, no era para tanto. Lo que

siempre lo avergonzará será lo que vino después. Cuando lo sacaron de allí, lo manearon sobre la cama de una carreta y se le vino encima el negro. Supo que era oriental, por las pilchas. Nunca más se ha olvidado del grito que pegó cuando sintió la verga por detrás que se la revolvió, hasta que se hizo caca encima.

—Los europeos son concientes de nuestro sentimiento de inferioridad —dice Mario— y por eso nos tratan paternalmente.

Y pensamos que necesariamente tienen que morirse dos o tres bolivianos para que un obrero alemán, por más marxista que sea, se compre un automóvil nuevo. Hay dos clases de hombres: los que comen y los que hacen que los otros coman. Nosotros somos de los segundos. A José Vega lo dejaron por muerto esa tarde, en medio del chañar. Sabe que las hormigas lo respetaron porque la abuela india le había hecho un conjuro. El tiene memoria de asco de esas cosas. Llegamos a la Via dei Fori Imperiali y trepamos por la Via del Colosseo, hacia San Pietro in Vincoli, para ver el Moisés, de Miguel Angel.

(De su libro "El Almanaque", de próxima aparición).

POESIA ARGENTINA

"Que veinte años no es nada"
(Alfredo Lepera)

La memoria resulta un fantasma incompleto
[y en desorden.

Tal vez por eso cansado de tantas y tantas
[máscaras

buscamos el personaje único que somos
en la verdad interna de nuestros rostros.

Veinte años en una ciudad es como un
[segundo en el sueño de un hombre

Entonces con un níquel antiguo en un bar
[imaginario
compramos la ceniza del tiempo.

Solo la madrugada ha cambiado de nombre.

— 16 —

MASCARAS

ATILIO

JORGE

CASTELPOGGI

POESIA ARGENTINA

Caminan siempre con la mirada al hombro
y tienen tatuado en el estómago un miserable
[recuerdo de mujer

por eso
cuando toman después por el cuello a una
[paloma

sufren un poco
la insultan por las noches con la boca
[sonriente

mezclando
desencuentros maternos con el aceite de su
[primer prostituta

de manera que la paloma les resulta víctima
[propicia
barro entregado y confesado de pechos

[incitantes
paloma acostumbrada a obedecer
mojada por el terror de los sueños que reptan

[debajo de la cama
paloma sujetándose el cuello quebrado en
[dos por la denuncia

por la bala que le arrancó hacia el aire
las delicadas plumas que llevaba en la mano

están
están algo sombríos
e inexorablemente les duele debajo de los

[brazos
por eso
van apoyándolos para disimular y

[alternativamente
sobre la espalda de un amigo.

— 17 —

LOS MERMADOS

ELVIRA

AMADO

POESIA DE

Desde el fondo de mi alegría
empujado por cada latido
de mi revolución
quiero gritarle a mi historia
machacado por tantas cosas
absurdas
esperanzado por tantas cosas
hermosas
voy viviendo

tirando golpes para todos lados
esquivando apenas las zancadillas
que me hace la tristeza
gambeteando las trastadas
que me adelanta la muerte
lanzo una carcajada al aire
y sigo firme
esperando
un nuevo día

CUALQUIER DIA:

LA ALBORADA

ALBERTO COSTA



Atesoraste tus recuerdos sos una
[sombra
es necesario continuar ejercer los
[oficios
se secaron al sol las lanzas
y es necesario proseguir creeme
pero la dolorosa sensación que te
[atribuyen
no es sólo tuya no puedes
[compartirla.

UNO

FELIPE REISIN

BARRILETE

Y ADEMAS PORQUE QUIERO

Por los que despiertan en mitad de
[la noche
y llaman a mamá y mamá no viene
porque hace mucho dejaron de ser
[niños.

Por los que soportan su fealdad
y la llevan a pulso hasta la tumba.
Por los que rechazan las caricias
soñando con cualquier otra mano
Por los que no pueden dejar de
[acariciar

aunque lo sepan.
Por los que tienen la desdicha de ser
[lúcidos

Por los que tienen la norma de ser
[buenos
Por los que tienen la norma de ser
[malos

Por los que tienen normas
Por los que se lanzan a la vida
ingenuamente
con la sonrisa abierta, pecho abierto
Por los que comercian con el hambre.
Por los que tienen hambre viendo
[comer a otros.

Por los que creen saberlo todo.
Por los que compran a plazos
[Paraísos.

Por los que ganan el infierno.
Por los que alguna vez fueron
[felices.

Por los que viven en una caja fuerte.
Por los que a pesar de todo nacerán
por todos ellos
yo, poeta,
debo morir de muerte prematura.

CARLOS PATIÑO

LAS PALABRAS PERDIERON
SU SENTIDO

Al principio las palabras nacían
como un deslumbramiento;
pero eran obedientes;
conocíamos, íbamos aprendiendo
todo su contenido
mientras la infancia creaba sus mitos
o jugaba a ser cruel.

Después
ser cruel significó otra cosa
y el lenguaje perdió su transparencia.
Todas las posibilidades se abrieron
en el abismo de vivir
de vivir y entenderse
de vivir y olvidar
de tener que jugarse alguna vez.

Ahora
vamos a tener que volver
a vaciar las palabras
y cargarlas de nuevo
con un solo sentido
para que no haya errores.

RAFAEL ALBERTO VASQUEZ

(viene de pág. 6)

en la noche impúdica que me golpea/ con su desnudez de estrellas y yo sin un mango"¹⁰. O esta continuación de la queja, pegadora y hostil: "Quiero decir que hoy con el alba,/ cuando otros se aman deportivamente/ a mis ojos subió toda una antología de la bronca.../ Pobre "torito de mataderos", ¡Cómo lo amasijaron/ desde la sombra!"¹¹.

Redactor de varias comunicaciones afines y de un poemario singular, Lunfapoe-
mas, 1962, Osvaldo Elliff (1934) ha investigado reiteradamente el habla peculiar del porteño. Hablando de su libro, Elliff confiesa que "estos poemas son el intento de incorporar vocablos y expresiones lunfardas a la poesía. Mantuve en todas las composiciones el estilo que considero propio, dejando de lado el tipismo y el pintoresquismo tan frecuente cuando de versos del o para el arrabal se refiere"¹². Veamos su definición del tango, canción nativa de la ciudad: "Amurados de tiempo, nos detendremos a repetir la historia/ de patios enloquecidos. En la milonga astral,/ donde tiernos malevos rememoran las noches/ en que la infamia boba de sus vidas/ se suicidó tras un cuchillo"¹³.

Con Nira Etchenique (1930) la ciudad se hace adusta, sórdida, dolorosa. La simplicidad del cotidiano existir, la pureza elemental del compadraje, el aire solariego del barrio y sus vecinos es sustituido, entre otras cosas y del medio siglo hacia acá, por la matemática del dólar y la misericordia del sexo. La ciudadela franca se resuelve introvertida, asimila valores extraños y tiende a un gran caos donde seres caóticos intentan el nuevo ejercicio convivencial. El diálogo cordial de los bohémios cafés es reemplazado por la urgencia de los grills y la morosa especulación de los tranvías por el vértigo motriz de la tecnificación que desánima y atomiza. Nira, en tanto, pelea obstinadamente: "Después, cuando encendí tu cigarrillo/ un veintitrés de octubre, allá en Mendoza,/ tenías ya una historia,/ el ciruja color de las remeras,/ los años de la biblia en la cintura/ y una estatua de sal en las espaldas"¹⁴.

¹⁰ y ¹¹ Alfredo Carlino, "Chau" Gattea. Colombo, Buenos Aires, 1964, págs. 21 y 22, respectivamente.

¹² Op. cit.

¹³ Osvaldo Elliff, Poemas para todos los hombres. Ediciones Buenos Aires, Buenos Aires, 1962, pág. 39.

¹⁴ Nira Etchenique, Los dueños del hambre. Ventana de Buenos Aires, Buenos Aires, 1959, pág. 23.

Una variante débil del lunfardo es el vesrre, inversión silábica de sorprendentes resultados lexicográficos. Juan Gelman (1930) lo calibró decididamente dando a uno de sus libros el título de Gotán, 1963. En otra obra reitera una expresión cara a nuestra condición de porteños, mezcla de ternura y de nostalgia, rezago, si se acepta, de una edad virgen y puramente habitada: "... me sacudo el recuerdo, los pañuelos,/ las caricias de anoche, busco en/ mis ojazos de pibe entre cuadernos,/ violetas tiernas y una madre..."¹⁵.

Decididamente, Julio Huasi (1935) es caso excepcional en la expresión popular del cincuenta. Militante social y combativo, ha calado profundo en la fragorosa y comprometida constancia de nuestro tiempo. A la manera de los juglares recita públicamente sus poemas ante auditorios numerosos y "crea y recrea el lenguaje" con singularidad y valentía. Es notorio el impresionismo de las interjecciones: "Aquí vengo cantando de retablo en retablo./ ¡Qué diablos!/ Y aún no tengo el gusto de conocerles,/ qué miércoles./ Me creían bandido mas salí poeta./ Mala yeta./ Los celestes gorriones amanecieron con chinché,/ qué bochinche./ Que el sol no se ve, que está gris la mañana./ Qué macana"¹⁶. La plenitud vital de Huasi entronca con el heroísmo porque asume deliberadamente el ejercicio de comprobar la realidad y constatarla en sus más oscuras circunstancias, reflejando la antítesis de una sociedad animada de falsos valores y encontrados prejuicios, siempre anatematizantes y polémicos: "Cae la bella la encantada la loca noche del sur/ sobre la ciudad creyente/ y pulcra/ y casta/ tan espiritual./ No cabe un alfiler en las amuebladas"¹⁷. O: "Fue saliendo, como se dice, los pies enormes para adelante./ La puerta,/ la escalera,/ los gusanos./ Los yiros lloraban sinceramente"¹⁸.

Bandoneón de papel, 1957, ya señalaba a Héctor Negro (1934) como poeta internándose en el laberinto del hombre y su canción. Tiempo más y en letrillas de milongas y tangos consolida su estro y la ardiente palpación de su sangre vigorosa, creyendo endemoniada al par que la estructu-

(sigue en pág. 22)

¹⁵ Juan Gelman, Viola y otras cuestiones. Gleizer, Buenos Aires, 1966, pág. 62.

¹⁶, ¹⁷ y ¹⁸ Julio Huasi, Yanquería. Edición del Río de la Plata, Buenos Aires, 1960, págs. 47, 84 y 85 respectivamente.

POESIA ARGENTINA

HORACIO SALAS

LAS CASAS

La destrucción comienza en esas casas
que van dejando al aire sus ladrillos,
restos de papel floreado sobre la medianera
y escaleras que no llevarán ya a ninguna parte.
Las paredes se entregan a la corrupción de los golpes
y caen ruidosamente en poco tiempo.
A veces sus balcones permanecen
como si se resistieran a dejar los últimos rastros de vida de la

[casa,

como si pretendieran cubrir la decadencia de las puertas
arrumbadas sobre el desnivel de los baldíos
donde la oxidación se ensaña con las viejas persianas.
Siempre hay una flor que brota como una sombra más

[entre las sombras

que aún recorren el olvido de las habitaciones derruidas.
Los impúdicos restos, los dibujos de hollín en las molduras,
un número de teléfono escondido en un retazo de papel
que burla la intemperie, subsisten todavía,
pero nada podrá salvar las casas.

Las balaustradas que perduran en compactos jarrones
acaso no lleguen a presentir la muerte
que anda rondando las enredaderas, los desplazados malvones,
los últimos jazmines empujados hacia el sur,
las descascaradas flores de mampostería
que atestiguan las transformaciones como una manera del

[olvido.

Cada día estrujamos un nuevo fragmento del pasado;
una tarde los rostros de la antigua ciudad
habrán cambiado su voz,
y comenzarán a hundirse en el silencio de las fotografías.
Los muertos también se habrán llevado su recuerdo.

ra equilibrada y fascinante de la ciudad misma. En muchos de sus poemas se enciende esa vigilia que da la pausa entre dos tiempos insustituibles: antaño y hogar, suerte de acoplamiento del ritual que del abuelo se transfiere al nieto, suscintamente: "Era muy lindo, abuelo, llenarse de esas cosas/ y después desde el fondo sentir como llegaba **compadreando**/ el bandedón de tío/ con sus tangos **canyengues**/ y ásperos..."¹⁹

De Julio César Silvain (1926) rescata-mos otra versión del barrio. Identificado en los elementos, en los personajes y todavía más, en las actitudes, su manera de dar testimonio es pulcra y tiende a ser el nombrador enamorado antes que un registrador del habla coloquial de Buenos Aires. Su índice poético, no obstante, asiste al episodio de los días y no se sustrae a los avatares del hombre en su continuo y lacerante oficio. Andador de las calles, monologuista de esa incierta soledad del asfalto y las veredas, alcanza a estremecerse con todo mínimo elemento conjurante: "... y de pronto me asombra la vereda. Cuarenta y seis baldosas, noticias olvidadas, seis **puchos**, taconeos, una caja de fósforos rota"²⁰

Sentir la ciudad entrañablemente, entrar desnudo a defenderla y amarla pareciera ser distintivo vital de Roberto Jorge Santoro (1939). Casi al filo de la década que nos ocupa, su estreno literario es, en alguna manera, un puente sutil entre dos variantes de nuestra generación. Los valores que asignan, en nuestro criterio, identidad natural y espontánea a la promoción del cincuenta definen y pesan en ciertos compromisos actuales que asumen no pocos de los poetas más jóvenes. Este análisis no pretende sostener el liderazgo sino que, simple e histórico, trata de anudar los hilos de una realidad literaria incontrastable, desvirtuada deliberadamente. Volviendo a Santoro, digamos que su poesía es una composición de imágenes y acentos, una trama expositiva con ritmo de cinema, un medio de relación que alcanza su estación última en el acto enamorado: "... un tango que nos meta en otro tango/ qué sé yo corazón/ luna **lunfardo**/ te pego una trompada..."²¹; y: "... tu traje maricón/ no

tiene corazón/ garabateando un tango/ el sueño en los bolsillos/ está **piantado**/ le falta algún tornillo"²².

No queremos olvidar, ya cerrando esta brevísima muestra de voces **lunfardas** y populares aplicada a la poesía del cincuenta, nuestra Oda maleva donde anotamos con nostalgia retrospectiva: "Desmenuzo la historia de cuchillo/ que te ciñe, ciudad, como si fuera/ la faja de un **malevo**./ ¿Qué diálogo de paicas y de tauras/ edificó en el alba tu heroísmo/ de proletario grito...?"²³

Individualizar un lenguaje, distintivo aunque precario, ordenar un modo idiomático en función convencional y registrar sus evaluaciones de entendimiento y captación populares es tarea que filólogos y estudiosos procuran esclarecer continuamente. Los dialectos, la parla característica de una región definida constituye, de alguna manera, un aporte a la clasificación étnica del hombre. Para Tzara, "la formación de los argots y de los lenguajes de oficio es quizá una supervivencia del empleo de lenguas secretas en la sociedad primitiva, pero estas supervivencias en sí mismas responden a funciones que, a falta de otras palabras, yo llamaría míticas, funciones todavía vivientes en lo inconsciente de cada individuo"²⁴. Para nosotros, finalmente, "el **lunfardo** es la lengua orillera del Gran Buenos Aires... de cuyo vocabulario han pasado a la lengua común del pueblo buen número de palabras cuyo sentido especial se ha adecuado en boca de éste para otros usos".²⁵

Corregido y aumentado, como en los saludables textos de enseñanza, el **lunfardo** acredita locuciones que hacen a la ininterrumpida evolución del ingenio y la picaresca porteñas, a sus necesidades de comunicación conversacional. La poesía del cincuenta, ni más ni menos que en otras circunstancias, ha compulsado su registro en esa dimensión. Así hemos tratado de demostrarlo y, sobre todo, de certificarlo con seriedad y objetividad.

²¹ y ²² Roberto Jorge Santoro, *De tango y lo demás*. El Barrilete, Buenos Aires, 1964, págs. 19 y 25, respectivamente.

²³ Véase Domingo del poeta. *Casidinal* Buenos Aires, 1961, pág. 19.

²⁴ Tristán Tzara, *El surrealismo de hoy*. Ed. Alpe, Buenos Aires, 1955.

²⁵ Enrique R. del Valle, *Acercas de la definición de "lunfardo"*. Comunicación académica N° 10. Academia Porteña del Lunfardo, Buenos Aires, 1964.

LUIS RICARDO FURLAN

I

Como van arrastrándose oscuros
[socavones,
como van revolcándose ciegos
[cenagales,
como revuelven sus aguas los peces
[descompuestos,
como exprime su aurora la noche
[ensangrentada,
como busca sus alas el corazón
[del pájaro,
del pájaro que siente el garfio
[del gusano,
como escarba su hoja la uña de
[la piedra.
Durante muchos siglos la sal
[busca la abeja
y la cuenca vacía la gota de la
[luz,
pero cruje y se agrieta la salobre
[intemperie
y la noche que se pudre en el
[mar.

II

Yo tendía una mano orillada de
[tréboles,
yo tendía una voz entre piedras
[mojadas,
yo tendía unos ojos goteando en
[las ramas.
Yo no pedía nada.
Yo creía que el día se abría para
[el día,
yo creía que el agua renacía en
[el agua
yo creía que el ojo, cuajaba en
[la mirada.
Yo no pedía nada.
Las hormigas descenden de las
[ramas
y a las aguas descenden telarañas
y en todos los rincones de las
[casas
se encogen las pupilas enrejadas.

POESIA DE AMERICA

(CHILE)

FIDEL SEPULVEDA LLANOS

III

Si la piedra es piedra y va a la piedra,
si el árbol enronquece y va a la
(piedra,
si el agua se desgrana y va a la
(piedra
¿Cómo no presentir el arenal
(incendio
que va desmoronando las pupilas?
Se endurece la carne de la tierra
de envejecidas várices andinas
que inician el descenso hacia la arena
buscándose en las manos de los ríos,
buscándose en el flujo de las olas
vueltas a la impotencia amontonada
de polvo que fue mole en otro tiempo.
Pero el árbol se enfría y va a la
(piedra,
y la flor enceguece y va a la piedra,
y el soplido del sueño erige piedras
donde tapian su sueño los humanos
de un andar más espeso cada día.
Si los días se curvan a la piedra,
si el tiempo ya tropieza con la
(piedra...
vamos llegando a la hora de las horas
en que el cielo y los ojos lluevan
(piedras.

¹⁹ Héctor Negro, *Viajando bajo la parra* (poema). *Polémica Literaria* N° 1, Buenos Aires, 1956.

²⁰ Julio César Silvain, *El tiempo es un barrio*. Gleizer, Buenos Aires 1958, pág. 69.

OTELO EN FLORIDA

Florida. Quince kilómetros desde Retiro y apenas uno de la avenida General Paz. Hoy, estos pueblos que circundan la Capital casi se han fundido con ella en una sola cosa. Pero hace unos años, en 1949 por ejemplo, mantenían el carácter familiar del vecindario. Todos se conocían. Sabían sus historias. La charlatanería pueblerina registraba con matemática exactitud los acontecimientos más o menos importantes por los que atravesaban los vecinos.

Fue por aquel año que comenzó a hablarse mucho del matrimonio Vogel. De la Cuqui y el Beto Vogel. Porque de los padres de él sólo podían decirse cosas buenas. Y de éstas nadie habla.

El muchacho había crecido con nosotros. Paralelamente en edad pero lejos, muy lejos en la vida. Jamás compartió nuestros juegos ni nuestras travesuras. Seguramente no cambió nunca la clase de historia por la serie de Rin-Tin-Tin. Seguramente no sabía aquello de Cachurra monta a la burra, ni de la biyarda, ni de las zapatillas despedazadas en el barrio contra barrio. Ya no podría saber nunca más del metejón a los 17 años; de la primera carta de amor donde uno quería "más que a mi madre". Por eso cuando nos enteramos que el Beto se casaba nos pareció una cosa normal. Es decir, que era un tipo para eso. Casarse, jubilarse, ser vocal de la Unión Vecinal. Lo único raro era que se hubiera atrevido a hablarle a una mujer. Porque los bichos de su especie generalmente mueren enfrascados en ellos mismos.

Lo cierto es que el joven matrimonio, a menos de un año de casados, parecía no andar del todo bien.

—Es que el Beto con ese carácter... —decía mi madre.

Y ése era el criterio general. Costaba creer que dos personas con caracteres tan diferentes hubieran llegado a casarse. La Cuqui regalaba vida. Andaba con la gracia y prestancia propias de esas mujeres que dan la sensación de estar de vuelta de todo. Bonita, juguetona. Sabía que los muchachos se la comían con los ojos. Se exhibía. Un poco inocentemente. Un poco como diciendo: "¿les gusta? bueno, cuédenle con las ganas". Mientras él se metía en su hostilidad, la vista clavada en el suelo. Siempre serio, siempre observando desde su silencio.

Atilio L. Viglino

—Fue mi marido. Es un poco celoso, sabe... —repetía la Cuqui.

Y al Beto lo empezamos a odiar todos. Porque lo había hecho de puro torpe. De puro, acomplejado. Pobre piba. ¿Qué mal habría hecho para casarse con un tipo así? Ella podía despertar celos, pero cualquiera se daba cuenta que le era más fiel que San Pedro a Jesucristo. Era de esas mujeres que parecen dar mucha sogá pero con las cuales uno jamás se anima a quemarse. ¡Qué se yo! Cuestión de personalidad. Pero el Beto ¡qué podía saber de estas cosas!

Pocos días después de aquella marca, la Cuqui apareció haciendo compras del brazo de una mujerona regordeta, que andaría por los...ta y tantos. La misma cara amargada del hermano. El mismo gesto agrio. Pero en ella la soltería lo justificaba. Y ni tan siniestra compañía borraba la sonrisa de la joven cuñadita.

La casa del Beto se levantaba en el terreno lindante con la de sus padres, por ello el control se facilitaba. Además, ambas viviendas se comunicaban por el fondo. Es decir que, tanto los padres como la hermana del Beto tenían, prácticamente, entrada franca en cualquier momento. Y sin duda el control era estricto. El esposo, la cuñada o los suegros acompañaban siempre sus salidas.

—Pobre chica, gallegueaba mi madre. Mira que echarse encima tremendo marido y ahora a los suegros y la deshauciada esa de la Teresa. ¡Por Dios que tiene que ser un ángel!

Pero una mañana de aquel agosto llegó el diariero a la estación luego del reparto. Abandonó la bicicleta y empezó a gritar los nombres de todos los días. Me acerqué como de costumbre.

—Este pueblo va a ser famoso pronto —me dijo, cuidando que nadie lo escuchara.

—Ah, sí. ¿Y por qué? —pregunté.

—Vea, usted sabe que su vecino, el Beto, hace unas dos horas que tomó el tren para el yugo, ¿no?

—Sí. Viaja bien temprano —asentí.

—Bueno. Entérese que la santa mujercita tiene a alguien que le calienta las cobijas al amanecer.

—Pero...

—¿Pero, qué? Yo lo vi con mis propios ojos. Es un tipo de unos cuarenta años. Salió hace diez minutos y tomó el 19 para Liniers.

Ya no sentí tanta rabia contra el Beto. Al fin y al cabo sabía con los bueyes que araba. Bien hecho que le rompa los huesos. Ella se lo había buscado. Lo que no podía explicarme era que ahora, cuando no daba un paso sola, hubiera podido conocer al tipo ese. Teléfono no tenían, así que la cuestión debió ser personalmente. En casa tampoco me aclararon el panorama. Mi padre exageraba:

—Hijo, te juro que si el Beto ése llevara un cascabel por cada vez que lo han hecho cornudo, metería tanto bochinche como un carro de carnaval.

Bien dicen que el marido es el último que se entera. Porque entre el vecindario fue pronto un secreto a voces. Sin embargo la Cuqui seguía siendo la misma. Arrastrando de su brazo a la cuñada. Repartiendo las mismas sonrisas. Claro que ya no la miraban los mismos ojos. No le sonreía la misma simpatía. Y hasta su compañera nos parecía un poco menos fea, un poco menos hosca. Un poco más mujer. El Beto ya no era un ogro. Era apenas un pobre hombre.

—Y el marido lo sabe —me dijo días después el diariero.

—¿Entonces es conciente?

—Y... según parece...

—Al fin y al cabo, tan machito que parecía y cuando sabe que la mujer lo adorna se queda quieto. ¡Pobre diablo!

Fue un jueves. Calculó todo perfectamente. Salió cinco y pico de la mañana, como siempre. Tomó el tren. Una estación hacia Retiro y vuelta a Florida por el otro lado. Una cuadra y media. Rápido. La llave en la cerradura. Con cuidado. Casi sin ruido. Ya está junto a la puerta de la pieza. No hay luz pero llega el rumor de una voz de hombre. Puede abrir sin cuidado. Después uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis. Listo. Todo el cargador está metido en esos cuerpos. El Beto llora, grita. Sólo está serena la mano que desde atrás se apoya en su hombro:

—Justo ahora que tu hermana aprendía a ser feliz...

Y lentamente, la Cuqui fue a darle la noticia a sus suegros.

IMAGINARIO 2

Caballo de rocío atravesando la noche por el cielo. Digo caballo de rocío como corazón de luna, como alegría olvidada. Las flores se van abriendo a su paso, conmoviéndose todo el campo, pero no te apresures que te diluyes en el espacio, sino tus alas se irán perdiendo y ninguna de las flores será capaz de recordarte.

ALEJO PIOVANO

PERCEPCION DE SOLO UN DIA

De un día para otro
he vuelto a ver este lugar del mundo
que me toca
sin poder inventar nuevamente
el antiguo rostro, la mujer el
(camarada.

De un día para otro
he pasado sobre la inocencia de las
(cosas
moviendo la piel de unos ojos.
sin estrellas, ni lágrimas.

Lo justo estaba allí:
su habitación, sus habitantes
y yo con ellos cuidadosamente
(separado.

Viendo arder la dicha
para que todo pase.

NESTOR RODOLFO SILVA

Primera Publicación

CANCION IV

Te descolgaste de una música
y me dijiste que habías vuelto.

Me hablaste de los relojes, de la
(guerra,
y juntos contamos las gotas de lluvia.

Te acostaste a mi lado y lloraste
un amor, el último, cualquiera.

Prendimos un fuego porque sí, para
(mirarlo
me subí a un árbol, resbalé en la
(arena.

En el fondo
dije y nos reímos
porque todo era vacío.

Te fuiste imprevistamente
y volverás sin que lo sepas
como vuelven los recuerdos.

GRACIELA DELLEPIANE R.

LOS INCREIBLES: por Julio Huasi.

Ediciones Reunidas Ultimatum. Buenos Aires, 1965.

Son muchos, demasiados increíbles. Lo que al principio deslumbra, poco a poco va convirtiéndose en un abuso. Huasi entusiasma a quien lo descubre y exalta al paso siguiente; pero termina por cansar; su estilo brillante se meila por la falta de medida, de sobriedad y termina por cansar al lector, llevándolo a olvidar, aunque más no sea en venganza, los indudables aciertos ("Pelaré las chimeneas como bananas negras") y su innegable originalidad; originalidad que cuando uno se acostumbra, se vuelve monotonía; hasta de pollo se cansa uno si siempre come pollo. Un libro, el libro propiamente dicho, es parte constitutiva innegable de la obra: olvidarlo es caer en el exceso y el exceso es fatal en el arte. Debe cuidarse el libro, ponerse el creador en el lugar del lector y no cansar. Si Huasi se

hubiera conformado con entregarnos la mitad (o menos) de sus Increíbles, se lo hubiéramos agradecido. Y nuestro comentario seguramente hubiera sido otro.

C. P.

XII CUENTISTAS ARGENTINOS. Cooperativa Editorial Hoy en la Cultura. Buenos Aires, 1965.

Producto del concurso de cuentos organizado por la revista "Hoy en la Cultura", el primer premio, tres segundos y ocho menciones conforman el homogéneo conjunto reunido en este volumen. Doce captaciones de lo cotidiano que, desde ángulos diferentes, testimonian sobre este Buenos Aires nuestro de cada día. Tal vez a algunos impulsos explosivos les falte el detonante para convertirse, directamente, en algo excepcional. Pero ello no mengua valores. Son obreros y no exquisitos de la palabra; son testigos y no jueces de los acontecimientos. Guardar fidelidad a éstos

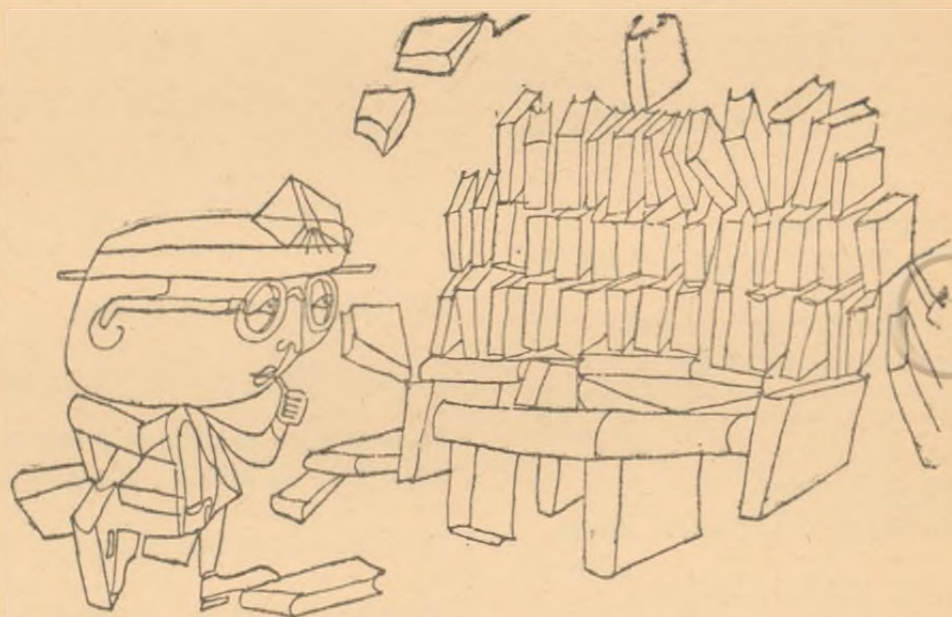
dentro del trabajo de creación es, acaso, su más logrado acierto.

A. L. V.

UNO EN EL MUNDO, por Alberto Luis Ponzo. Editorial Vigilia, Buenos Aires, 1965.

La frase de Amado Alonso "A sentirse uno en el mundo y a sentir el mundo en uno", que abre el libro, es la mejor definición de lo que Ponzo ha pretendido. Y podemos afirmar que su poesía lo justifica plenamente. La precisión y la síntesis de su lenguaje; la fluidez natural de la poesía, que simplemente está, sin la apariencia de haber sido "buscada" o "trasplantada" a un verso; la alianza entre forma y contenido, que se da indisoluble, hacen de este libro el mejor en la bibliografía del autor. La poesía de Ponzo no es deslumbrante, sino serena y meditada. Pero las palabras nunca son superfluas. Creemos que nuestra recomendación sólo le hace justicia.

R. A. V.



ONCE VARAS

LA LIBRERIA DE
LOS ESCRITORES

Descuentos a escritores
y estudiantes

CREDITOS

Florida 890 — Galería Florida
Local 21

Librería Norte

Pueyrredón 1454 - Tel. 84 - 3944
Buenos Aires

LIBROS EDITADOS

COLECCION POESIA

<i>Roberto Jorge Santoro: De tango y lo demás (fragmento)</i>	agotado
<i>Roberto Jorge Santoro: El último tranvía</i>	agotado
<i>Martin Campos: Con el puño entre los dientes</i>	\$ 80.—
<i>Miguel Angel Rozzisi: Poemas de pluma rota</i>	\$ 80.—
<i>Marcos Silber: Libertad (poema escénico)</i>	agotado
<i>Roberto Jorge Santoro: Pedradas con mi patria</i>	\$ 50.—
<i>Roberto Jorge Santoro: De tango y lo demás</i>	\$ 150.—
<i>Rafael Alberto Vásquez: Apuesta diaria</i>	\$ 120.—
<i>Horacio Salas: La soledad en pedazos</i>	\$ 120.—
<i>Marcos Silber: Sumario del miedo</i>	\$ 120.—
<i>Osvaldo Balbi: Expediente para el asombro</i>	\$ 80.—
<i>Alberto Costa: Lo que duele</i>	\$ 80.—
<i>Atica Dellepiane Rawson: Atreverse a todo</i>	\$ 120.—
<i>Atica Dellepiane Rawson: Las buenas razones</i>	\$ 120.—
<i>Felipe Reisin: Además hay mucho ruido</i>	\$ 150.—
<i>Carlos Patiño: Buenos Aires por la cabeza</i>	\$ 150.—

COLECCION ENSAYO

<i>Leopoldo Marechal: Autopsia de Crespo</i>	\$ 120.—
--	----------

COLECCION INFORMES

<i>Diez poetas: Informe sobre Lavorante</i>	agotado
<i>Diez poetas: Informe sobre el desocupado</i>	agotado
<i>Diez poetas: Informe sobre la esperanza</i>	\$ 30.—
<i>Diez poetas: Informe sobre Discépolo</i>	\$ 30.—
<i>Diecinueve poetas: Informe sobre Santo Domingo</i>	\$ 30.—
<i>Ocho poetas: Informe sobre el país</i>	\$ 30.—

PROXIMOS A APARECER

Alberto Costa: Poemas con taquicardia
Rafael Alberto Vásquez: La vida y los fantasmas

EDITORIAL "EL BARRILETE"

MAIPU 62 - 3º R

BUENOS AIRES

**APOYE Y
DIFUNDA
LAS REVISTAS
LITERARIAS**

Barrilete
Boletín de poesía
Cero
El escarabajo de
oro
Hoy en la cultura

La rosa blindada
La ventana
Setecientos monos
Tiempos modernos

CUIDADO... HUMOR!!!

CeDInCl